

El cojo y la menopáusica

Rumian sus pensamientos, hasta hartarse y no dejar sobre la mesa, al final, nada en claro, rumian como vacas bucólicas sobre los prados verdes al principio del verano, en las mediaciones de las cumbres. Los dos giran ya despiertos, en la somnolencia consentida, se abrazan desde el silencio. Husmean en el olor cálido. Recapacitan, y se preguntan por el nombre del día, es domingo se responden aliviados. Sus cuerpos ya no son dolor. Ayer era el mejor día para barnizar la casa, lograron con el permiso de sus cuerpos quejumbrosos terminar el trabajo. El fin de semana pasado habían lijado y colocado masilla en los desperfectos. Hacía al menos veinte años, desde que decidieron forrarla de madera, que no había lucido con esa vanidad.

La casa había llegado a ellos por una herencia inesperada de un tío sin hijos que vivía en Brasil, hermano del abuelo de él, al que había visto un vez de pequeño cuando vino al funeral de su madre, es decir de su bisabuela. La casa la había comprado desde la otra orilla, y también la había amueblado, y mantenido por correspondencia, mandando el dinero y las órdenes oportunas desde allí, y desde aquí se le enviaban fotografías y cuantos papeles y facturas hubiese solicitado. Quizá la quisiera para pasar sus últimos años, o para que los del pueblo supiesen que había prosperado, o recordarle al ver las fotografías que el lugar donde germinó algo suyo enraizaba. La finca la llamaban la del indiano, aunque en la puerta de forja le hubiesen colocado villa de José Basanta. La familia fue menguando hasta evacuar sobre él la herencia como en un embudo. Aquella casa fue su punto de partida, decidieron casarse. No les gustaban las paredes empapeladas y los techos altos, así que mandaron forrarla de madera y bajar la altura de las estancias con falsos techos de pino de Oregón. Consiguieron el efecto rústico que deseaban. No querían vivir en un lugar que pareciese un palacio. Lo demás lo dejaron como lo había mandado construir José Basanta. No hicieron más reformas. Dejaron la disposición poco racional del terreno, la construcción fanfarrona de mansión americana con dos columnas helénicas en la entrada, las múltiples buhardillas, muchas más que habitaciones funcionales, en una de ellas dispusieron un dormitorio de invitados, y en las otras simplemente se fueron apilando trastos. Su hijo nada más poner un pie en la adolescencia se trasladó a una de ellas, decía que necesitaba intimidad, y que se inspiraba mejor allí arriba, por las vistas, para estudiar con más ganas. La buhardilla daba al prado de atrás, desde ella se divisaban dos vaquerías. La casa era un poco excesiva, pero era suya, y decidieron acostumbrarse. No fue lo difícil que

consideraron a priori. Aunque se hubiesen criado dentro del pueblo en una casa modesta en la que la intimidad, dentro y fuera, era colectiva.

En la soledad de un prado, dentro de la amplitud de las grandes estancias criaron a su hijo, hasta que se fue a estudiar a La Coruña ingeniería mecánica. Era un excelente estudiante al que le otorgaron una beca para cursar un máster en la universidad de Nueva York, Columbia. Ya, después, apenas volvió, para visitarlos en alguna Navidad. Conoció a una tejana y encontró trabajo en Houston, encauzó su vida allí, se compró una casa de dos plantas en un barrio residencial, césped en la puerta, una cochera de puertas blancas, y sobre estas una canasta de baloncesto. Se les antojaba al ver las fotografías que su hijo les mandaba, antes en papel y ahora por correo electrónico, conocerla, haberla transitado una y mil veces por mediación de los personajes de las series americanas. Después arribaron los nietos a su imaginario, hasta hacerlos carne cuando los conocieron hacía cinco años, en la Navidad, chapurreaban el castellano con acento de película del oeste, eran rubios y de ojos muy claros como su madre, altos, y risueños, durante una semana sembraron de vitalidad las escaleras y el huerto, pisaron los sembrados en tempero, y asustaron las gallinas a las que hacían huir con un palo, los dos perros fueron los que más sufrieron las consecuencias, eran ya demasiado viejos para jugar, soportaron ser cabalgados con estoicidad, con mucha paciencia, sin importarles andaban unos pasos con los niños encima y luego se tumbaban desobedeciendo las patadas en los flancos orientadas a que continuasen. Los niños se cansaron de la indolencia de los perros y la tomaron con la valla, tiraron piedras que resonaron a una algarabía de latas, parecía que tronaba y jugaron a que caía el diluvio, cogieron palos y construyeron en un montículo una fortificación, y con otros maderos a modo de rifle defendieron durante toda la tarde su fortín, incluso de sus abuelos que fueron a avisarles de la cena, hasta que su madre apareció, entonces salieron con las orejas gachas, les gritó que se lavaran las manos y en cinco minutos sentados. Fueron puntuales. Apenas con variaciones pasaron los niños aquellas navidades, corriendo y gritando, y desoyendo las palabras y advertencias de sus abuelos, los trataban como extraños de un país extraño que hubiesen venido a colonizar. Incluso esto ocurría con su padre. Era únicamente su madre la que los hacía bajarse de la hiperactividad, con una sola palabra los niños se convertían en fieras amaestradas del circo.

En su imaginario los niños ya eran adolescentes a los que la edad les había descargado de egoísmo, desearían que sus abuelos les enseñasen lo que habían aprendido en esta vida, a ser pacientes, no tomarse nada a la tremenda, es decir a

relativizar, los jóvenes vendrían a aprender las labores del campo, ver crecer las cebollas y la matas de tomate, o estar presentes cuando naciese un ternero. Vendrían esta navidad, y su hijo les había prometido que ese verano los niños pasarían un quincena con ellos, querían mejorar su español, y habían pedido pasar unos días en el campo, dijeron que les hacía ilusión trabajar con las manos. En la edad antesala del adulto, sus abuelos se habrían cargado de romanticismo, el chocar con las normas e ideas de sus padres les catapultaba a la siguiente generación. Su hijo, al que apenas ya conocían, era de naturaleza reservada, aunque fuese de palabras zalameras y ritos sociales híper desarrollados, caía bien, no hablaba mucho, sin embargo cuando lo hacía sonreía apenas enseñando un poco los dientes, casi cerraba los ojos, se le formaban arrugas en toda la cara que le añadían apariencia de buena gente, y luego las palabras justas aumentaban la sensación de persona juiciosa, pero tampoco se podía saber que opinaba realmente sobre las cosas, como se sentía, si su matrimonio era feliz, si sus hijos le satisfacían, haría como siempre lo que se esperaba, ganaba mucho dinero, y eso era todo, no había más, solo un abismo profundo entre ellos y él. La nuera era de otra forma, fuerte de carácter, tejana de apariencia, no llevaba sobre su cabeza el sombrero vaquero aunque lo llevó colgado del cuello durante toda la semana, y cuando le estorbaba lo estacionaba por poco tiempo en cualquier lugar, cuando veías el sombrero sabías que cerca debía estar aquella mujer alta, muy blanca, casi translúcida de venas impresas, de ojos marinos, y voz grave, extravertida y tacaña para los halagos y los gestos, huidiza cuando la hacían sonreír, como si cayese en pecado, parecía que la risa le hiciese daño, cuando hablaba era muy difícil rebatirla porque por el modo de decir las cosas era imposible que no tuviese razón, y es que el que la escuchaba ni se lo planteaba, y su mirada, su mirada era lo más duro de su presencia, golpeaba como un estilete, rasgaba, paralizaba, y conseguía mover el ánimo hacia un limbo tenebroso, helaba y hacía arder al mismo tiempo, sumía en una recapitación incluso de valores al que había conseguido sacarla de la mirada ambigua en la que normalmente se situaba.

Le habían aplicado a la casa una mano de barniz para barcos. Les dijo el dependiente que aquel barniz protegería la madera para toda la vida, que no necesitarían más. En la lata, una de las indicaciones especificaba la temperatura adecuada para aplicar el producto, no debía hacerse por debajo de seis grados, también que si se usaba en interior éste debía de estar muy ventilado por unos cuantos días antes de ser habitado. Hacía frío, algunos grados menos, se dijeron, encenderemos la calefacción y se secará. No disponían de tiempo. Su única familia arribaría en dos o tres

días. No querían que apreciaran la decrepitud en la que se había sumido su casa y su existencia durante los últimos años. La capa de barniz antiguo se había agrietado, más bien parecían pequeñas varices oscuras mostrando la mala circulación de sus vidas, se sentían mayores, personas quedas y ruinosas, esperando entre los días iguales rayos que los iluminasen. El trabajo en adecentar la casa los había rejuvenecido, recordaron el principio, cuando llegaron. Nunca antes de su boda habían entrado en la mansión, aunque desde que recuerdan la habían visto, es como si siempre hubiese estado plantada en medio de aquella llanura, habían jugado en su niñez, cada uno por su lado, subiéndose a la valla e imaginándose brujas y fantasmas, seres extraños habitando las estancias, balanceándose en butacas de madera entre pensamientos tenebrosos. Desde el pueblo este tipo de casas se introducían en los diálogos de admiración y envidia, disimulándolos con críticas supuestamente benefactoras, hablando de más en el café, entre mascullando y empleando voces desordenadas daban su opinión. Aquellos hombres que se fueron de su pueblo para encontrar una vida mejor, ¿para qué quieren esas residencias?, que vuelvan y se gasten el dinero aquí, o si no que permanezcan allí para siempre, pero ¿por qué plantan esos monolitos de gusto excesivo, rocambolesco, tan contrario a la austeridad de este pueblo? Únicamente lo hacen para aparentar. Las sentencias como ésta se quedaban quietas en el aire mientras la pieza de dominó bajaba dando un golpe en la mesa. Desde niños la vieron lejana y enigmática. Él escuchó que era de un familiar, siempre le pareció no una historia sino una leyenda. No vieron jamás entrar ni salir a nadie, aunque por lógica alguna persona la cuidaría, pues se mantenía con buen aspecto, el prado estaba pulcro, los rosales y las parras mostraban el aspecto que debía darle un buen podador, los racimos de uvas de septiembre desaparecían, no se apreciaba óxido en la forja de la entrada o de las ventanas. Pero en la fantasía de los niños creció que un espíritu no dejaba envejecer a la casa, que la misma casa que ellos veían era el alma de una casa congelada en el momento de su muerte, que penaba por los pecados, que su dueño, el indiano José Basanta habría cometido allá por las tierras de Brasil, que el dinero con el que había sido construida estaba manchado de sangre, sangre de niños, mujeres, y hombres, de prácticamente esclavos que por una ración de arroz trabajaban en sus plantaciones de caña de azúcar del estado de Alagoas. Todos esos datos eran verdaderos, y sirvieron de cimientos para continuar la imaginación. Así cuando la casa se les fue acercando es como si un espectro les hubiese perseguido, y se hubiera servido de muertes tempranas y enfermedades fulminantes para saltar sobre ellos, pero ya por entonces dejaron de creer en fantasmas, y asumieron la herencia,

querían vivir juntos, independizarse, la casa era su barco, atracado en medio del prado, lo esperaba, solamente faltaba subir su escalinata de granito y soltar amarras, armarse de valor. Así lo hicieron. Y claro, cuando el dependiente de la tienda de pinturas les explicó que aquel barniz era el mejor, que estaba formulado para aplicarlo en las cabinas de los barcos, les vino a la memoria el símil que usaron para emprender su nueva vida, ¿qué podría ser mejor que desamarrar de nuevo y lanzarse a la aventura?, desaparecer del pueblo, emprender otra vida en otro lugar, con otra gente, para destronar ese hastío. Faltaba un día o dos para que viniese su hijo, se lo expondrían, venderían la casa y se marcharían cerca de donde vivían ellos, llevaban medio año aprendiendo inglés, no se les daba demasiado bien, pero cuando la necesidad apretase se soltarían y aplicarían la teoría aprendida. Querían que fuese una sorpresa, también habían cotejado la posibilidad de que no les hiciera gracia tener cerca a dos vejestorios. Pues en ese caso se irían lejos, a otro lugar, a cualquiera, tenían ganas, estaban hartos de levantarse todas las mañanas y ver únicamente prados, de cruzarse con los mismos vecinos, de acercarse al pueblo exclusivamente los viernes, el día del mercado, para aprovisionarse de lo poco que les hacía falta fuera de su finca, sentían alejarse el mundo que corría vertiginoso mientras ellos cada día se encontraban más aplastados e introducidos en un silencio envolvente. Habían sido jóvenes modernos, rompedores, con ideas y deseos de darle la vuelta al mundo, y poco a poco se adocenaron, apenas sin darse cuenta, se sentían traicionados por ellos mismos, necesitaban escapar, no saludar más a nadie por aquellos caminos de barro o polvorientos, dependiendo de las lluvias, los demás envejecían y les hacía a ellos envejecer, necesitaban respirar, irse y sentir aquello que aunque dormía lo sentían, aquello debía ser ellos, aquello que se hundió en la edad adulta era su esencia, su felicidad, su alegría, aprender cosas nuevas, luchar, sentir que lo inútil puede ser válido, que lo que ahora pensamos puede desaparecer, igual que lo que sentimos, en definitiva necesitaban voltear su vida, lo de arriba abajo, y lo de abajo arriba, y no encontraban otra manera de realizarlo que vender la casa e irse. Les daba miedo lo que pensase su hijo, era inmensamente tradicional, seguramente les diría que la casa era un seguro para el futuro, que venderla e irse a la aventura sería un error, también entre su dialéctica les haría recordar a sus abuelos, los padres de ellos, que algo parecido les dijeron antes de heredar la casa, justo unos días antes estaban dispuestos a irse lejos, con lo puesto, apenas diez mil pesetas que tenían ahorradas, y sin expectativas concretas de un trabajo, esa idea romántica de luchar los dos juntos por salir para delante, sin nada y con toda la esperanza esperándolos allí delante. La casa les obligó a abandonar sus

sueños y el tiempo les convenció de que había acertado en su elección, aunque sin convencerlos del todo. Su vida sí había sido más tranquila y segura pero sentían que mucho más aburrida y predecible, igual que la de todos, igual que la tierra oscura que se les pegaba a las botas, igual que el agua limpia que corría por el arroyo, todo era igual de aburrido y predecible, otro lugar, por ejemplo una gran ciudad, les hubiera dado más bofetadas, pero habrían llorado y reído más.

Entonces ¿por qué barnizaron la casa con ese perfeccionismo?, repasando con el rodillo, y con un pincel fino hasta la más recóndita esquina, si habían decidido venderla, si no habría vuelta atrás por muy enfadado que se pusiese su hijo. Ningún consejo los haría desistir de lo que habían decidido. Ni ellos mismos lo sabían. Podía ser un sentimiento de hastío y abandono, de ver siempre lo mismo, que otros ojos no descubriesen su declive, no haber dejado atrás escombros... quizás.

El domingo había despertado, mañana o pasado mañana llegaría su hijo, no deseaban levantarse, la casa ya no olía a barniz, parecía como si hubiesen dejado las ventanas abiertas toda la noche, sin embargo no hacía frío, quizás oliese a hierba húmeda, reían con sus ocurrencias. A él desde hacía tiempo le molestaba muchísimo la rodilla, un dolor que se parecía a un vacío, decía que la rodilla olvidaba que era rodilla y para qué estaba construida, no lo sustentaba en sus largos paseos, debía obligarla pero ella tozuda protestaba doliendo. La mujer también mantenía una lucha con su cuerpo, calores y fríos, molestias, ya sabía el diagnóstico, se le retiraban los puntuales espasmos cada veintiocho días, los dolores, aquella obligación impuesta desde los trece años, lo que proclamó su madre en una visita de unas vecinas, la niña ya es mujer, y en un reservorio profundo temía que aquel alboroto de hormonas fuese la comunicación de que terminaba ese periplo de su vida, que entraba en otra etapa, que ya no era mujer, si no otra cosa. Pero otros pensamientos con más fuerza la llevaban por otros lares, en fin, era un alivio, dejaba la lucha para explotar la mejor época de su vida, es lo que sentía más, aunque hubiese ratos para todo, comenzaba sus mejores años, y junto a su marido, el cojo como se denominaba él para hacer la gracia, empezaría a disfrutarla, lejos.

Y en la duermevela se intensificaron los sueños, imágenes y sonidos que flotaban como en el agua del mar, ascendían las olas para caer en el abismo del valle de agua entre dos crestas, se abrazaban a un olor conocido, ya suyo, no recordaban cuando dormía solos y no había nadie a quien agarrar cuando el vacío golpea el pecho, y no querían que de ningún modo volviese aquel olvidado espacio o tiempo, aquel mundo difuso que habría ocurrido porque lo recordaban pero ya no podían sentirlo, era una

película demacrada a la que el paso del tiempo había desteñido, los colores que un día parecieron vivos y poderosos hoy eran los anaranjados de una puesta de sol incua. Cerraban y abrían los ojos, el viejo transistor sobre la cómoda parecía nuevo como cuando lo compraron. Antes les gustaba oír la radio, aquella hacía poco tiempo que no funcionaba, lo había hecho por más de cuarenta años, era del padre de él. A su derecha había una radio de plástico que nunca consiguió sonar igual que su hermana mayor, puede que su voz se escuchara más nítida pero había desaparecido la personalidad, aquella vibración a la que se habían acostumbrado, no les gustaba la nueva, habían dejado casi de escuchar sus programas favoritos porque los locutores ya no les hacían gracia, o no les parecían verosímiles, eran una panda de veinteañeros sin experiencia, la voz hay que templarla con vida para luego saber de qué hablar, no dejar a la risa y el parloteo cómodo, ese lleno de frases hechas y chistes fáciles, que lleve la voz cantante. La nueva radio comenzó tiñendo de inutilidad el mundo de las ondas, solamente se hablaba de romances, infidelidades, de broncas, de fútbol. Luego maquiavélicamente, sin avisar, comenzó a inundar el tema de la política, y dependiendo de donde se parase el dial unos eran políticos veraces e íntegros, o incompetentes y mentirosos. Otra consecuencia nefasta, traída por la radio nueva era el enmarañamiento, las acciones que hasta hace poco eran correctas ahora eran delitos, los que se enriquecieron, ahora ladrones, los ladrones, ahora personas respetables a los que dejaban hablar y se les escuchaba con reverencia, los principios, envilecidos, el sistema, no servía, el dinero, huido, escapado, perdido, escondido, las personas que debieron administrarlo se declaraban insolventes, y los insolventes se multiplicaban por el mundo como una plaga, aquella radio hablaba nada más que de consecuencias, siempre espantosas, de retrocesos sociales y de injusticias, de desahucios, a las personas se las apeaba de sus casas, la luz y el agua por decreto se convertían en artículos de lujo. No había suficientes puentes donde cobijarse, es lo que quedaba después de que reventase por demanda y falta de recursos los comedores sociales y los albergues. Aquella radio únicamente hablaba de necesidades, de avaricia y penuria.

La vieja radio había rejuvenecido, a su piel agrietada le habían aplicado un estiramiento, el botón giratorio que le faltaba estaba en su sitio, las ocho teclas en su primigenio color marfil, limpias y brillantes, como cuando debieron salir de la tienda. Lo comentaron, sin embargo aquel prodigio no les produjo extrañeza. Puede que se creyesen en el medio mundo del sueño, aunque abrían los ojos no querían saber nada de aquel día que hacía horas los reclamaba. Entre tanto se besaban y bailaban estirando

suavemente sus cuerpos. Él apoyó su cabeza en el pecho de ella, le sobresaltó el silencio, abrió de par en par los ojos y le dijo, no escucho tu corazón, ella ronroneo y sonrió, algo debe mantenerme aun viva, si no es el corazón que puede ser, no te habrás quedado sordo además de cojo. Todo es posible, dijo él, habrá sido un sueño, estaré todavía dentro, pero era como si en tu cuerpo ya no hubiese nadie. Pues ya ves que sí, susurro ella, besándole el cuello, nunca me he sentido mejor, no se podría decir que ayer estuve trabajando catorce horas en esta maldita casa, no me duele nada, me siento flotar, ven para acá. Lo abrazó y acercó su oreja derecha al pecho de él. Tampoco hay nadie dentro de ti, qué me dices de eso, ¿estamos soñando? Él repitió, todo puede ser, pero no lo parece, te has fijado en la radio. Sí, pero es como, siento que siempre fue así, ya sé qué le faltaba el botón del volumen y usábamos un pequeño alicate en su lugar, eso cuando funcionaba, no la tiramos porque le teníamos cariño, ¿pero, estás seguro que lo que estoy diciendo es verdad? a mí me parece que siempre fue así. Te entiendo, dijo él.

Siguieron bailando sin intentar levantarse, no había prisa, nada les esperaba, mañana temprano irían a comprar lo que hiciera falta, llenarían la despensa sobre todo de cosas que les gusta a los jóvenes, y estos eran de gustos americanos, muchas hamburguesas, y de esa salsa, ketchup, harían una gran empanada de carne, y un par de bizcochos para el desayuno, cajas de leche, también les harían comidas de aquí, son niños a los que se le ha educado bien en la mesa, se había encargado su madre, que aunque tejana apreciaba la buena cocina, y era de la opinión que había que adaptarse al lugar. Pero como buenos abuelos, y con el añadido de que habían ejercido escasamente debían malcriarlos, así que abundaría la comida rápida y los dulces, probarían los mantecados y polvorones, y se hartarían de turrónes. Se sentía con la obligación de saltarse las normas, ser malos, de enfrentarse a su hijo y a su nuera, imponerse. El paladar de los niños, el gusto por el azúcar y las grasas los colocarían de su parte.

Sonaba el teléfono, no disponían de un terminal en su habitación, insistía, lo había hecho unas cuantas veces. Quien fuese colgaba tras más de veinte tonos, y a la media hora comenzaba de nuevo. Podía ser su hijo, tal vez habían cambiado de planes, vendrían a otra hora, u otro día, incluso podría ser que hubiesen cancelado el viaje. No verían el aspecto rejuvenecido de la casa, y ya no la verían más, excepto los nietos si apareciesen en verano, pero luego, septiembre llegaría, y la casa se pondría en venta. Si la persona que llamaba fuese su hijo les habría mandado un mensaje al teléfono móvil. Miraron a su alrededor, posiblemente lo habrán dejado también abajo, y no sería de extrañar que se hubiera quedado sin batería. Pronto se levantarían y lo llamarían,

enchufarían el móvil y ya está, si fuese algo grave ellos no podrían hacer nada. Siguieron trenzando, desnudando el olor caliente del edredón, girando entre las sábanas, liándose, hablando y entre tanto fantaseando.

El sol golpeaba ya la cómoda y se fragmentaba en metralla, iluminando con enfado aquella habitación que parecía inanimada. La cómoda era de madera pintada de negro con la piedra color plata, muy pulida, casi como un espejo, y sobre ella la radio antigua recientemente rejuvenecida, la radio de plástico se habría fundido al calor del sol, dispuestos en fila había tres marcos, uno con la fotografía de su boda, en el segundo su hijo hacía la primera comunión, y en el tercero la familia posaba al completo, ellos dos, su hijo, su nuera, y sus nietos, en la puerta de entrada de la casa, no era una buena fotografía, ninguno miraba con claridad a la cámara, ellos dos y uno de sus nietos entornaban los ojos por el fuerte sol que entraba por la ventana, su nuera y su hijo debían estar conversando entre ellos, y el otro nieto se reía a carcajadas, con la cabeza hacia atrás mirando al techo de la habitación. El techo era un crisol fundiendo oro y plata, la piedra de la cómoda como un proyector los reproducía sobre el techo que se había tornado en pantalla, estaban allí dentro, la cama, las sábanas y el edredón desordenado, allí dentro eran dos cuerpos paralizados, con la cabeza ladeada, parecía que habían intentado levantarse, uno de los pies de ambos colgaba de la cama, y debajo de estos una mancha amarillenta, podía ser un charco. Se miraron intentando comprender aquella escena sacada de lugar, una interpretación quizás de lo que todavía era otro tiempo. Se encontraban bien, con mucha claridad mental, flotaban, les parecía que se les habían evaporado los huesos, que aquel momento era igual que sentirse de nuevo jóvenes. Sonaba con pesadez el teléfono, también se podía oír a la vez la suave melodía del móvil. Ya era demasiada insistencia, debían levantarse, pero algo se lo impedían. Él le dijo no sin antes haberlo probado, ¿para qué levantarse?, no te apetece un rato más. Por supuesto, respondió ella, que el mundo desaparezca, ¿nunca lo has pensado?, es tan difícil contener el ruido, detener la máquina.

